

SARAH M. EDEN



*Amigos
y enemigos*

Libros de
seda

*A F. E. G., que acompañó a Philip desde la primera página.
Y a M. O. M. por no soltarme nunca de la mano*

Capítulo 1



Inglaterra, diciembre de 1816

Philip Jonquil recorría las callejuelas de Maidstone deambulando de un lado a otro. Había cambiado su colorido atuendo por algo mucho más discreto para pasar lo más desapercibido posible en una zona bastante concurrida por los peores delincuentes de la ciudad.

El plan no salió tal y como esperaba. Dos carteristas lo siguieron durante varias calles y, aunque se esforzaron enormemente para que no los viera, consiguió despistarlos antes de que pudieran atracarlo. Pronto se encontraría con Hanover Garner, un hombre altamente respetado en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Reino Unido por su labor como espía. Durante los últimos cinco años, Philip también había comenzado a hacerse un nombre en el mismo círculo.

—No siempre puede uno estar de suerte —murmuró para sí mismo.

Habían logrado seguir a uno de sus sospechosos hasta un punto muy concreto de Kent gracias a la valiosa información que tenían entre manos y, aun así, se las arregló para escapar. Le Fontaine, un espía particularmente conocido en Francia, estaba allí. Alguien debió de avisarle y, para cuando llegaron, él ya se había marchado.

Encontrarse en el punto de mira de aquellos ladrones supuso un revés más en un día ya de por sí fastidioso. Sin duda, cualquiera esperaría que un dandi empedernido como él se desmayara o se agitara aterrorizado al verse acorralado por esos buscavidas. Se equivocaban. Durante cinco años, Philip se había codeado con la alta sociedad, pero bajo esa imagen cuidadosamente construida se escondía cualquier cosa menos un cobarde. Se enfrentaba con una regularidad pasmosa a delincuentes, empeñado en hacer que los barrios más sórdidos de Londres parecieran guarderías a la hora de la siesta y, hasta el momento, siempre había salido más o menos ileso.

El conde los oyó de nuevo y suspiró molesto. Tendría que enfrentarse a ellos.

Se dio la vuelta antes de que llegaran.

—Déjenme que lo adivine. Su idea es la siguiente: uno va a por mí y el otro a por mi cartera.

Los ladrones, inmóviles, se miraron desconcertados por la reacción.

—¿Es un caballero? —balbució el más bajo de los dos—. Pero si parece un mindundi.

Philip entendió que debería haber adoptado una forma de hablar más vulgar, pero, francamente, no tenía tiempo para tonterías.

—Vaya, discúlpeme por ir como un «mindundi», como usted dice, no esperaba compañía.

Los ladrones se sorprendieron al ver que comprendía su forma de hablar.

—Y ahora, si lo que pretenden es despojarme de todo mi dinero, les sugiero que lo hagan ya. No me gustaría llegar tarde a mi cita.

Se miraron contrariados antes de avanzar. A decir verdad, Philip se habría sentido amenazado de no haber sido porque no era la primera vez, ni seguramente fuera la última, que se enfrentaba a gente de esa calaña, o incluso peor.

—Denos lo que lleve encima y no le haremos daño.

El conde hizo una mueca de gratitud.

—¡Vaya! Se lo agradezco de todo corazón.

—Vamos. No tenemos toda la noche. —Al parecer, solo uno de los ladrones quería hablar con él.

Lord Lampton metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño monedero.

—Láncemelo.

Philip chasqueó a lengua y movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Es que entonces las monedas se llenarían de polvo, y estoy seguro que no quiere dinero sucio.

—¿Qué?

—Vamos, hombre, que era una broma. Veo que está un poco tenso. —Se encogió de hombros y le tendió el monedero—. Aquí no hay más que unas pocas libras, pero si tanto lo desea...

Uno de los ladrones se acercó. Cuando estuvo a punto de tocar el monedero, Philip lo dejó caer al suelo.

—Oh, cuánto lo siento. Siempre he sido un poco torpe.

Con un suspiro, el ratero se agachó para recuperar su botín. En el momento en que bajó la cabeza lo suficiente,

el conde le dio un rodillazo en la frente tan fuerte que lo hizo retroceder.

Su compañero se acercó corriendo, con los puños en alto. Después del día que llevaba, el conde necesitaba desahogarse con alguien. Desde luego, el ladrón fue muy considerado al ofrecerse voluntario. Dio un paso hacia él y le golpeó la cara. Le ardieron los nudillos del impacto.

—¡Canalla! ¡Me has roto la nariz!

Lord Lampton puso los ojos en blanco.

—¡Ay! Ha sido sin querer.

El primer ladrón se había recuperado lo suficiente como para intentar asestarle un golpe que él esquivó hábilmente.

—Le agradecería que evitara darme en la cara. Un ojo morado es muy difícil de disimular.

Como sabía que ese sería exactamente su siguiente movimiento, aprovechó las partes que habían dejado desprotegidas. Le dio una patada en la barriga al hombre más bajo, que cayó redondo al suelo. Después se volvió hacia su compañero.

—Bueno, ya solo quedamos usted y yo.

Con una sonrisa triunfante, el maleante blandió un cuchillo mugriento.

—Qué elección más interesante. Yo prefiero las pistolas, pero bueno.

El ratero se abalanzó hacia él y Philip esquivó la hoja. Aunque no tenía la infame afición del duque de Kielder por ir armado en todo momento, se preocupaba de no vagar por zonas como aquella con las manos vacías.

—Me estoy divirtiendo mucho, pero tengo algo de prisa, de verdad.

Acto seguido, sacó la pistola que llevaba siempre consigo e hizo ademán de empuñarla.

El maleante retrocedió de inmediato, bajó el cuchillo y lo miró a los ojos.

—¿Lo olvidamos, caballero?

Philip esbozó una sonrisa.

—Levante a su amigo del suelo y váyanse. No tiene sentido que se ganen un enemigo por unas cuantas libras.

—De acuerdo, jefe.

Levantó a su compinche, todavía aturdido y volvieron dando tumbos a los oscuros recovecos del callejón.

En ese mismo instante, los pasos de alguien corriendo llamaron la atención del conde.

Hanover Garner avanzaba hacia él con los ojos muy abiertos.

—Buenas tardes, Garner —saludó, guardando la pistola.

—Llega tarde —respondió.

—¿Yo? Si usted hubiera llegado hace cinco minutos, me habría ahorrado muchas molestias.

Se agachó para recoger el monedero del suelo.

Hanover parecía confuso.

—¿Pero qué bicho le ha picado?

—No ha sido un bicho precisamente quien ha intentado robarme.

—¿Cómo? ¿Le han robado? —Parecía alarmado, como si ninguno de los dos se hubiera enfrentado jamás a situaciones similares.

La madre de Philip jamás se recuperaría si supiera cuántas veces habían retenido a su hijo a punta de navaja. Eran gajes del oficio cuando uno se pasaba el día persiguiendo espías asesinos. Ese pequeño detalle también se lo había ocultado. Ni siquiera sabía que tenía un trabajo.

—Me estoy haciendo viejo para esto —se quejó el recién llegado.

—Tenemos la misma edad, Garner. Y yo no soy ningún viejo.

Se alisó las mangas del abrigo con exagerada ostentación. Esa actitud formaba ya parte del disfraz que mostraba en sociedad. Con Hanover no necesitaba fingir, pero se había acostumbrado tanto a ese papel que rara vez lo abandonaba, independientemente de la situación.

—Treinta años no es edad de tener una bala en...

—Veintiocho —corrigió el conde, recordando el mismo incidente al que se refería su compañero—. Y ese disparo se desvió.

—No tanto.

Lord Lampton retomó su paso desganado. Tenían que llegar a una posada antes del anochecer. Se presentaron en el punto de encuentro acordado unos minutos más tarde: un edificio anodino y abandonado donde Grimes, un «corredor» de Bow Street¹ con el que él mismo había trabajado en varias ocasiones, vigilaba el carruaje y al equipo de Philip.

Todos tomaron sus posiciones habituales rápidamente: el conde y Garner en el interior, y Grimes arriba, con el conductor, armados y preparados por si surgía cualquier problema.

—¿Por qué cada vez que no encontramos a un delincuente se las arregla para encontrar a otro?

—Agradezco su preocupación —dijo Philip con gesto teatral—, pero le aseguro que esos ladrones eran unos incompetentes. No llevaban más que una navaja.

Hanover suspiró.

—Soy demasiado viejo para esto.

1 N. de la Trad.: Miembro de los denominados en inglés «Bow Street Runners», como popularmente se conocía a los agentes de policía británicos desde mediados del siglo XVIII y hasta finales de los años treinta del XIX.

—Dígaselo al ministerio.

—No creo que sirva de mucho. —Garner se frotó las cejas. Philip conocía bien ese gesto. Desde el momento en que el Ministerio de Asuntos Exteriores los había emparejado para su primera misión, que se frotara las cejas significaba que estaba a un paso de tirar la toalla—. Si es tan importante como para arriesgar la vida del conde de Lampton, no les importará poner en peligro la vida de un don nadie como yo. Además, somos...

—¿Demasiado increíbles para que nos reemplacen? —respondió Philip con sorna. No había tardado en aprender que ese tipo de respuestas evitaban que su compañero se desanimara por completo. Si no fuera porque era un verdadero genio a la hora de seguir los pasos de los espías más escurridizos, no entendería por qué seguían contando con él. Philip continuó con su irónico discurso—: Es casi una maldición que seamos tan perfectos, ¿verdad? Por no hablar de lo guapos que somos y el buen gusto que tenemos.

—¿De qué sirve todo eso, ya sea verdad o mentira, si solo pasamos tiempo el uno con el otro?

El conde sonrió.

—¿Echa de menos la compañía de una dama?

—¿Nunca ha deseado encontrar a una joven delicada en lugar de ser un espía?

—¿Delicada? —Se burló de la ridícula idea de su compañero; él prefería una mujer con carácter. Sin embargo, había algo en lo que Garner tenía razón. Sus posibilidades de conocer a una dama, ya fuera brusca o refinada, eran casi inexistentes.

—Encontrar a Le Fontaine está siendo más complicado de lo que pensábamos.

—Sí.

—La razón por la que estamos en Kent es que se nos ha escapado de las manos otra vez, ¿y todo lo que dice es «sí»? Los de arriba están perdiendo la paciencia, Lampton.

—Yo también —admitió Philip. Desvió la mirada hacia el oscuro horizonte desdibujado en las ventanas. Garner y él habían intentado localizar al peligroso agente francés durante más tiempo del esperado. La paz que antes abrazaba a todo el continente comenzaba a no ser más que un recuerdo, incluso con el espía en el exilio. Si, como sus fuentes insinuaban, Napoleón planeaba escapar... No. Debían capturar a Le Fontaine cuanto antes o causaría daños irreversibles.

—No está en Kent.

—Ya no—corrigió Philip. Habían llegado al punto de encuentro acordado solo para descubrir que el agente al que debían encontrar no estaba allí, pero que había dejado tras de sí indicios de desaparición. Sí. Le Fontaine había estado en Kent, pero habían llegado demasiado tarde.

Garner dejó escapar un profundo suspiro de preocupación. Philip sabía perfectamente cómo se sentía. Todas las personas que trabajaban para el ministerio estarían en peligro hasta que capturaran a Le Fontaine.

—Yo preferiría que nos fuéramos a descansar. —El conde se atusó las cejas y Garner sonrió levemente ante el exagerado gesto—. Tengo que quitarme esta ropa tan vulgar.

—Ah, ¿es por eso? Yo lo que necesito es una copa de brandi. El conde chasqueó la lengua fingiendo desaprobación.

—Usted, señor, nunca será un héroe.

—Fabuloso. Tal vez así me liberen del servicio. Podría decirles que soy un cobarde. O un borracho —replicó con tono esperanzado.

Philip bostezó.

—¿Y que me asignen un compañero que se maree en el carruaje? —Sacudió la cabeza, con los ojos muy abiertos de fingido horror—. Nunca sometería a mi equipo a tal aberración. No. Prefiero un borracho cobarde.

—Temía que dijera eso —refunfuñó Garner, encorvándose cada vez más.

Casi dos horas más tarde se detuvieron en una posada pequeña pero relativamente limpia, iluminada por unos pocos faroles. No necesitaban más para pasar una noche. Después de ponerse su colorido atuendo, Philip se reunió con su compañero para cenar. En cuanto la camarera se retiró, reanudaron la conversación en voz baja.

—¿Y ahora qué? —Hanover dejó caer la cabeza sobre la mano con aspecto abatido.

—El otro lugar donde sabemos que ha estado Le Fontaine es Ipswich.

—¿En Suffolk?

Philip asintió.

—Me temo que ese es nuestro próximo destino.

—¿Tiene casa allí?

—Lamentablemente, no —respondió Lampton, dándole un generoso bocado a la carne asada.

—Entonces, ¿cómo piensa justificar nuestra visita? No querría que Le Fontaine sospechara.

—Por eso es tan importante tener contactos, Garner. —Lord Lampton sonrió—. Me han invitado a una fiesta de Navidad. Y se preguntará: «¿dónde es esa fiesta?».

Su compañero asintió, obviamente adivinando la respuesta.

—Suffolk. A menos de treinta kilómetros de Ipswich. —Seguidamente, hizo un gesto con la mano, como si se diera

a sí mismo las gracias por la absoluta perfección de su plan—. Lord Cavratt y su encantadora esposa nos han invitado a mí y a mi horda de hermanos a Kinnley, junto con algunas otras personas importantes.

—Entonces le dejaré que resuelva lo de Le Fontaine. —Garner sonrió con evidente alivio.

—De eso nada. —Philip se secó la comisura de los labios con una servilleta ya manchada. La posada era un poco menos glamurosa de lo que esperaba—. Un primo suyo y su esposa, lord y lady Henley, también estarán presentes. De hecho, creo que Lizzie será una pieza clave en la fiesta. Así que, lo siento, tendrá que venir.

—¿Sin invitación? —A Hanover no le gustó la sugerencia.

—Me atrevería a decir que no necesita invitación para pasar las fiestas en familia.

—Bueno, al menos estaremos juntos.

—Ahí quería yo llegar. Se supone que usted y yo no nos conocemos. ¿O es que ya se le ha olvidado?

Garner suspiró.

—¿Quiere que aparezca allí sin más?

—Como cualquier pariente que se precie.

—Entonces volveré a Londres para hacer nuestro informe —aceptó resignado—. Y después iré a Kinnley.

—Excelente. ¿Cómo se le ha ocurrido una idea tan brillante?

—Sabe perfectamente que lleva meses dándole vueltas.

—Ah, o sea, que el genio soy yo —asintió exageradamente—. Me encanta.

—A mí no tanto. Tendré que volver a la ciudad a caballo mientras usted se dirige a su destino en el mejor carruaje que he visto en la vida.

Garner refunfuñó algo sobre la embriaguez y el mareo en el carruaje. Philip se acercó a un sillón cerca de la chimenea y se sentó con desgana, jugando distraídamente con su bastón de empuñadura de marfil.

—¿Cuándo cree que llegará a Kinnley? —preguntó Hanover, apoyándose en la repisa de la chimenea tras prepararse otra copa de brandi.

—El jueves. O tal vez el viernes.

Garner fijó de repente la mirada en el umbral de la puerta.

—Perdónenme —dijo una voz—. No me había dado cuenta de que hubiera alguien aquí. —El conde levantó la vista del fuego crepitante hasta la puerta y se encontró con el rostro de una mujer bellísima y bien vestida. El chal verde que envolvía sus delgados hombros era digno de la moda parisina; la *crème de la crème*; un chal «de los buenos», como solían decir los criados.

Miró toda la estancia con rapidez y precisión; desprendía una elegancia que inquietó a Philip. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Qué parte de la conversación había oído?

—¿Podemos ayudarla en algo? —preguntó mientras se levantaba y estiraba el chaleco verde oscuro antes de apoyarse con elegancia en el bastón.

—Cené aquí esta noche y olvidé algo. He venido a buscarlo.

Era directa, como a él le gustaba: sin rubores ni poses recatadas. Su franqueza no le gustó tanto; de haber llegado al salón a tiempo, aquella belleza de ojos negros no se habría perdido ni una palabra.

—Le ayudaremos a buscarlo —dijo Garner, con la debida reverencia.



Ahora sí quería jugar a los detectives, ¿no? No hacía ni cinco minutos que prácticamente le había suplicado que lo echaran de su puesto de trabajo.

—No se preocupe, señor —respondió la joven—. Su amigo parece haberlo encontrado ya.

Tanto la mirada de Hanover como la de la misteriosa señorita se clavaron en Philip. Ella no había dado un solo paso dentro de la habitación; seguía apoyada en el marco de la puerta, con la mirada fija en ellos.

—¿Y qué es exactamente lo que estaba buscando? —El conde esbozó una sonrisa que haría desfallecer a cualquier dama.

Ella, en cambio, no se mostró impresionada. Parecía casi molesta, de hecho.

—Mi bastón —dijo sin titubeos, dirigiendo la mano hacia él.

Lord Lampton se rio. ¿Un bastón? ¿Su bastón?

—Creo que no conozco a ninguna mujer que lleve bastón.

—Enhorabuena —dijo con brusquedad—. Ya conoce a una. ¿Me lo devuelve, por favor?

Desde luego tenía carácter. Sería mejor que no dejara cabos sueltos. Podía haber oído algo que no debía; tenía que disipar cualquier sospecha.

—Querida —dijo mientras se dirigía hacia ella—. Sé que lord Byron ha dignificado la cojera en el mundo de alta costura, pero creo que está usted llevándolo un poco lejos, ¿no cree?

—Vaya, ¿es usted experto en moda? —Levantó una ceja en señal de desaprobación.

¡Desaprobación! ¿Cuántas veces lo habían mirado así las damas de sociedad por sus modales? No debería molestarle después de tantos años.

—Bueno, soy el consejero de Beau Brummell. —Era cierto; aunque no le hiciera sentir verdaderamente orgulloso, dejó ver todo lo contrario. Fingir ser un dandi superficial lo había protegido en más de una ocasión.

—¿También le aconseja sobre cómo insultar y contradecir a una dama?

—Pensaba que estábamos hablando de moda. —Philip se acercó más a la puerta y, por lo tanto, también a ella.

—¿Solo sabe hablar de eso?

—¿Acaso no le gusta? —Adoptó un aire de sorpresa mientras se acercaba aún más, con el bastón de marfil en la mano—. Es un poco simple.

—Como la opinión que tiene sobre las damas con bastón.

—Hemos vuelto al principio. —El conde inclinó la cabeza en reconocimiento de su ingenio.

—No lo creo. Usted aún tiene mi bastón y yo sigo sin él.

—Pero este es mi bastón y no tengo intención de entregárselo. —Sobre todo por los documentos confidenciales ocultos dentro, pensó.

—¿Me está acusando de mentirosa? ¿Y de ladrona?

—En absoluto. Solo creo que se equivoca.

—¿Cree que quise venir a buscar otra cosa, pero que me dejé llevar por la belleza de su bastón, haciendo que mi pobre y minúsculo cerebro sea incapaz de pensar en otra cosa que no fuera su aspecto? —La desconcertante joven lo miró con absoluto desdén—. Pues se equivoca. En esta habitación no hay nada tan abrumador como para no dejarme pensar con claridad. De hecho, todo lo que veo aquí me parece bastante vulgar.

Philip miró a la atrevida joven a través del monóculo. ¿No encontraba nada atractivo en él? ¿No le impresionaba? Qué



raro. Un hombre no podía llevar el cuello de la camisa tan ridículamente alto como él y no causar... nada.

—Eso, señor —dijo devolviéndole la mirada—, es fingir demasiado. Puede que necesite gafas, pero su orgullo no le permite llevarlas. ¿Me equivoco?

—Mi vista está perfectamente. —Philip dejó caer el monóculo, que quedó suspendido del cordón, mientras acortaba lentamente la distancia entre ellos. Se situó justo enfrente de la joven, que seguía apoyada en el marco de la puerta mirándolo con cierto desdén.

—Entonces tiene problemas de oído. Le he pedido que me devuelva mi bastón.

—Pero este no es su bastón. —Lampton lo hizo girar con facilidad, para demostrar la familiaridad con que lo manejaba.

—¿Porque soy una mujer?

—No. Porque es «mío» —enfaticó.

La señorita dejó escapar un suspiro de condescendencia.

—Si tiene la amabilidad de echar un vistazo a la madera justo debajo de la empuñadura de marfil, verá usted unas iniciales.

—Nunca ha habido...

—Hágame usted el favor —lo interrumpió.

Philip hizo una absurda reverencia para ocultar su expresión engreída. Cuando volvió a incorporarse, levantó la empuñadura del bastón hasta la altura de los ojos.

—Como le he dicho, no hay... —Se calló. Unas iniciales, «S. K.», acababan de aparecer. Igual que un extraño remolino en la empuñadura que nunca antes había notado—. Oh.

—Ahora, le rogaría que fuera tan amable de devolvérmelo —pidió ella con tono disgustado.

—Mis disculpas —respondió el conde con una leve reverencia, aunque aún sorprendido. Las damas no llevaban bastones—. Su bastón. Es igual que el mío.

—Entonces seguro que Beau Brummell también tiene uno igual. —Sonrió con ironía y extendió la mano.

—Esto... Philip... —intervino Garner desde atrás. Casi se había olvidado de él. Lampton se volvió, deseando darle la espalda a aquella mujer, y miró a su cobarde compañero, que, en ese momento, sostenía un bastón idéntico al que acababa de entregar—. Estaba junto a su silla.

—Gracias —respondió—. Podría haberlo dicho antes.

—Es que no paraban de hablar —contestó—. Además, por la forma en la que se estaban enfrentando, con las dagas desenvainadas y todo eso, no me atreví a intervenir.

—Tenía usted razón. Es un cobarde.

—Se lo he dicho mil veces.

Ahora le debía una disculpa a esa antipática por haber reclamado el bastón como suyo por error. Y seguro que estaba ahí, esperando con una sonrisa de oreja a oreja, feliz de tener la razón. Se volvió hacia la puerta... vacía.

—Se ha marchado sin decir ni mu. Muy apropiado. —Se volvió hacia Garner y recuperó su bastón—. ¿La ha visto irse?

—A lo mejor ha desaparecido. Puede que sea una bruja o algo parecido.

—¿Una bruja? Puede ser, sí, puede ser.

—Con esos ojos negros... —continuó Hanover sacudiendo la cabeza—. He de decirle que la joven me ha parecido de lo más inquietante. Tenía la piel tan pálida que parecía no haber visto nunca la luz del sol, y el pelo y los ojos tan negros como la noche más profunda.

«Como la obsidiana», corrigió Philip en silencio. Su pelo le recordaba a la obsidiana. Tonos que iban del verde al violeta impregnaban el negro, aunque no sabía cómo era posible. Garner había descrito sus ojos perfectamente. Eran muy parecidos a la noche más oscura, tan negros que resultaba imposible distinguir las pupilas, envueltas en un fuego ardiente. A pesar de todo, la joven le resultaba desconcertante. Lo supo al instante: la señorita S. K. les traería problemas.

—Entonces, ¿aquí es donde nos separamos? —preguntó Garner tendiéndole la mano.

—Envíe a Kinnley cualquier instrucción que reciba del ministerio —respondió Lampton estrechándole la mano.

Garner asintió y salió del salón. El conde le dio propina a la camarera que entró a recoger la mesa, asegurándose así de que hiciera oídos sordos. En cuanto ella se marchó, se pasó la mano por el pelo perfectamente peinado y se dejó caer sobre la mesa ya vacía. La única persona ante la que no tenía que actuar era él mismo.

Le Fontaine o «La Fuente», como se había hecho llamar el escurridizo espía francés, había proporcionado un incesante flujo de información al bando equivocado de la disputa continental. Le había seguido la pista durante más de un año. Debería estar entusiasmado ante la idea de, por fin, darle caza. Sin duda, se había ilusionado en las misiones anteriores, pero en ese momento se sentía inquieto y descontento. A decir verdad, llevaba casi un año insatisfecho con su vida. Fingir ser un fante hasta la saciedad había dejado de tener gracia para él. Sin embargo, su insatisfacción iba más allá del disfraz social. No sabía qué era exactamente lo que lo reconcomía. Pensó en la extraña joven que había invadido el salón unos

minutos antes. No era una bruja, él no creía en esas tonterías supersticiosas, pero de algún modo le había afectado su presencia.

Los últimos años de espía le habían hecho desarrollar casi un sexto sentido. Sabía que probablemente no volvería a encontrarse con ella. Después de todo, solo el azar había cruzado sus caminos. El azar no suele ser tan cruel dos veces.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta con decisión justo antes de adoptar su característico caminar desgana-do para subir las escaleras hasta su habitación. A la mañana siguiente volvería a estar en su carruaje: la madera cálida a sus pies, la manta suave que lo resguardaría del gélido diciembre, el suave traqueteo que lo protegería del desgaste del viaje por carretera.

Y, a pesar de todo, odiaría cada minuto.

